



CENTRO PASTORAL AFROECUATORIANO

Camino Bíblico Afro 2009

SEGUIR SIENDO HUMANOS:

El desafío misionero del nuevo milenio



Un aporte a la Gran Misión Continental

I PARTE: LA GLORIA DE DIOS ES LA HUMANIZACIÓN DEL HOMBRE

Preguntas introductorias:

- ¿Qué entiendes por 'humano'?
- ¿En qué sentido lo 'humano' es un punto de referencia central para la misión?

Seguir siendo humanos

"Ser humanos. Seguir siendo humanos: ésta es mi principal preocupación". Así decía hace casi cien años un filósofo católico francés, Gabriel Marcel.

A distancia de un siglo, estas palabras suenan más proféticas que nunca, porque hoy en día se está dando un proceso de **'desmontaje' del ser humano** sin precedentes: se trata de un verdadero ataque a nuestra humanidad.

Por ejemplo, Dios nos ha creado como personas comunitarias, que necesitan los unos de los otros. Pero hoy en día se teoriza que el hombre, para realizarse, tiene que vivir como una isla, y preocuparse sólo de sus intereses egoístas.

Dios nos ha creado como personas solidarias, que sienten compasión delante del sufrimiento ajeno. Pero hoy en día a todos nos afecta la llamada "*compassion fatigue*", la 'fatiga de la compasión'. Estamos cansados de ser bombardeados con imágenes de guerras, pobreza y violencia, y preferimos refugiarnos en el mundo de la frivolidad y de la superficialidad, y hasta llegamos a considerar 'desechables' a los más pobres y abandonados.

Dios nos ha creado como personas que quieren dar un sentido a su existencia escogiendo un proyecto que llene toda nuestra vida, pero hoy en día es cada vez más difícil vivir el valor de la fidelidad a un proyecto de vida, y muchos teorizan explícitamente que la fidelidad pertenece a la prehistoria.

Dios nos ha creado como personas que quieren establecer lazos de amistad, que sienten que su vida tiene sentido sólo si vivimos el valor de la fraternidad. Pero hoy en día, como dice el famoso sociólogo Baumann, "*las relaciones humanas son consideradas y tratadas como si fueran cosas para consumir*".

Como cristianos tenemos que oponernos a este desmontaje del ser humano.

Aprender a ser humanos

A este respecto, san Pablo afirma que "*todos nosotros, con el rostro descubierto, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, y nos vamos transformando en esta misma imagen, de gloria en gloria*" (2Co 3,18).

Cuando habla de la 'gloria del Señor', Pablo se refiere a la "*gloria divina que resplandece en el rostro de Cristo*" (2 Co 4,6). El cristiano, entonces, está llamado a transformarse "de gloria en gloria", o sea, a ser cada vez más semejante a la figura humana que resplandece en el rostro de Cristo, a ser cada vez más humano.

Así, la primera tarea del misionero es la de comprometerse activamente en este proceso de glorificación, que es un proceso de humanización, de acercamiento cada vez más íntimo a la humanidad de Jesús. Según san Pablo, entonces, no se trata sólo de

seguir siendo humanos, sino también de aprender a ser humanos. Como decía un monje dominico, Herbert Mc Cabe, *"si queremos ser parte de la raza humana, no es suficiente haber nacido en ella"*, sino que tenemos que involucrarnos en un proceso de crecimiento y de humanización.

La sociedad nos presenta varios modelos de humanidad, y nosotros tenemos que decidir qué tipo de ser humano queremos ser. Según la perspectiva bíblica, nosotros hemos nacido para encontrarnos con Cristo, para entrar en intimidad con Él y asumir sus sentimientos y sus actitudes. Si no hacemos experiencia del amor del Hijo del hombre, no lograremos desarrollar plenamente nuestra humanidad así como Dios la ha concebido y pensado. Para llegar a eso, tenemos que transformarnos gradualmente, de gloria en gloria.

Humanizar al hombre

De la gloria Pablo habla también en otras cartas. Por ejemplo, en la carta a los Colosenses, escribe: *"Cuando se manifieste Cristo... también ustedes serán transformados con él en la gloria"* (Col 3,4). En los versículos que siguen el Apóstol explica en qué consiste esta gloria: es la humanidad que se despoja de *"los malos deseos y del insaciable espíritu de acumulación"* (3,5), que renuncia a todo tipo de racismo y *"no hace distinción entre judío y griego, pueblo circuncidado y pueblo pagano, esclavo u hombre libre"* (3,11), que se reviste de *"tierna compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia"* (3,12) y se *"perdona mutuamente"* (3,13).

Algunos podrían maravillarse: ¿Cómo? La gloria de Dios, ¿se reduce a ternura, humildad, perdón, espíritu de solidaridad que renuncia a la acumulación, y espíritu de fraternidad que renuncia a todo tipo de discriminación? Sí, precisamente **en esto consiste la gloria de Dios: en que los hombres desarrollen y cultiven calidades humanas**. Generalmente la gloria mundana se consigue cultivando actitudes de lobo (violencia, soberbia, falta de escrúpulos morales, egoísmo, acumulación, enriquecimiento). Pero ésta es una gloria de bestia, de fiera; la gloria humana a la cual nos llama Cristo es muy distinta: *"El hombre ... es imagen y gloria de Dios"* (1Co 11,7).



La gloria de Dios es que el hombre nunca deje de ser humano, la gloria de Dios es la humanidad humanizada. Nuestra prioridad misionera es formar a hombres y mujeres 'humanas'.

Preguntas:

- Ese desmontaje del ser humano, hoy en día, ¿se da en Ecuador? ¿y se da dentro del Pueblo Negro? ¿Cómo?

- ¿Estamos conscientes de que la prioridad misionera es formar a hombres y mujeres 'humanas'? ¿Qué importancia tiene la dimensión de lo 'humano' en nuestro quehacer misionero?
- ¿Cuáles son las cualidades humanas que más urgentemente se necesita desarrollar y cultivar?
- ¿Cómo podemos contribuir a la humanización de la humanidad?

II PARTE: EL SER HUMANO EN LA ECONOMÍA NEOLIBERAL

El 'hombre-hermano' y el 'hombre-killer'

Jesús se presenta a nosotros como el "*primogénito en medio de muchos hermanos*" (Rm 8,29): la **fraternidad** es el camino trazado por Dios para la realización de nuestra humanidad. Así, según el Evangelio, ser humano es ser hermano, preocuparnos por el bien de nuestros congéneres. Como dice un proverbio africano, "yo soy un ser humano porque tú eres un ser humano", o sea: "Yo me siento bien y puedo realizar mi humanidad cuando veo que también mis hermanos están bien y la pueden realizar".

Pero en nuestra sociedad prevalece la lógica contraria, la del antiguo adagio latín "*Mors tua vita mea*", que significa: "Tu muerte es mi vida", "Sólo si tú mueres yo puedo vivir bien". Y de hecho, según la lógica neoliberal, sólo empobreciendo al otro yo puedo enriquecerme y vivir mejor, sólo debilitando y destruyendo a mi adversario yo puedo conquistar el mercado y - por

consiguiente - aumentar mi poder y mi 'dignidad'. De esta manera, como afirma el economista Hinkelammert, *"la lucha por asesinar al otro es vista como fuente de prosperidad y de vida"*.

Así, no hay que sorprenderse si Helmut Maucher - presidente de la multinacional Nestlé en los años '80 y '90 - llegó a decir que él necesitaba de ejecutivos con *"instinto asesino"*. Y no hay que sorprenderse si Jack Trout, famoso experto de marketing, amplió este concepto y habló de *"competencia asesina"*. Según estos 'expertos' de economía, el espíritu de competición - que garantiza el desarrollo del mercado - alcanza su perfección cuando pierde todo escrúpulo moral y está dispuesto a empobrecer, a explotar y hasta a eliminar a los demás con tal de optimizar los propios provechos.

Es a eso que el papa Benedicto se refiere cuando afirma que *"la pobreza no es una mera fatalidad"*, sino que deriva de *"los actuales sistemas de convivencia humana que no son adecuados para promover la realización del bien común"*.

Lamentablemente, el actual sistema económico considera la "competencia asesina" como la esencia misma de la vida y de la felicidad. Para combatir la pobreza, entonces, hace falta una "revolución espiritual", que nos haga entender que la derrota y la muerte de mi hermano será también mi derrota y mi muerte. Como dijo Martín Luther King, *"o lograremos vivir como hermanos o moriremos todos como necios"*.

El neoliberalismo

Juan Pablo II llamó por nombre el "sistema de convivencia" que hoy en día produce muerte y sufrimiento en todo el planeta, y lo condenó sin titubeos: *"El sistema conocido como **neoliberalismo**, haciendo referencia a una **concepción economicista del hombre**, considera las ganancias y las **leyes del mercado** como **parámetros absolutos** en detrimento de la **dignidad** y el **respeto** de las **personas** y de los **pueblos**... De hecho, los **pobres** son cada vez más numerosos, **víctimas** de determinadas **políticas** y de **estructuras** frecuentemente **injustas**"* ("Iglesia en América", n.56).

Friedrich Hayek, premio Nobel para la economía en el año 1974 y famoso teórico del neoliberalismo, afirmó explícitamente que las leyes del mercado valen más que la vida de los hombres o, por lo menos, de ciertos hombres: *"Una sociedad exige ciertos principios morales que se resumen en la exigencia de la conservación de la vida: **no de todas las vidas**, porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para conservar un mayor número de otras vidas. Así, las únicas reglas morales son las que conducen a calcular el **justo número de vidas**: la propiedad y el contrato".* En otras palabras, es el mercado el que decide "el justo número de vidas", o sea, el que establece quién tiene derecho a vivir y quién no lo tiene. El que no entra en la lógica del mercado - el que no produce y el que no tiene dinero para consumir nada - no tiene derecho a la vida.

El hombre como 'desechable'

El primer efecto de la ideología del 'hombre-killer' es que si uno no sirve para el mercado, se lo considera un 'desechable' y se lo bota. Como afirman los Obispos latinoamericanos, *"una globalización sin solidaridad afecta negativamente a los sectores más pobres... Ya no se trata de estar abajo, o en la periferia, sino de estar completamente afuera. Los excluidos no son solamente 'explotados' sino 'sobrantes' y 'desechables'"* (Aparecida 65).

Recuerdo que hace tiempo noté una nota de tristeza en los ojos de Fernando, un joven afro de Guayaquil, y le pregunté: "¿Qué es lo que te preocupa?". Yo pensaba que, como no estaba trabajando, lo que más le preocupaba a Fernando era qué hacer para mantener a su hija, que tenía pocos meses; pero él me respondió: "Estoy triste porque no sé si esta vez lograré comprarme el vestido para la fiesta del último del año". Y todos sabemos que para los jóvenes este vestido incluye, como accesorio obligatorio, unos calzoncillos rojos o amarillos.

Al principio yo me escandalicé de esta respuesta, porque pensé: "En lugar de preocuparse por su hija, lo único que le interesa a Fernando es poder comprarse unos calzoncillos rojos". Pero después entendí: en esta sociedad el ser humano vale por lo que compra y consume; si uno no logra comprar ciertas cosas, no es sólo que se siente pobre, sino que se siente excluido de la humanidad, se siente 'desechable', una persona para botar. Para este joven, entonces, poder comprarse unos

calzoncillos amarillos era indispensable para sentirse humano, para sentirse digno de hacer parte de esta humanidad y esta sociedad.

Obviamente, se trata de una ceguera, de una concepción totalmente equivocada del ser humano, de la cual tenemos que salir: mientras al pobre se lo considere como un 'desechable', y mientras él mismo se considere tal, no será posible ninguna glorificación y ninguna humanización de la humanidad.



Pueblos 'desechables'

Esa mentalidad de que hay hombres 'desechables' se aplica no sólo a los individuos sino también a los pueblos. Por ejemplo, pocos días después de que los estadounidenses entraran en Bagdad, durante la segunda guerra del Golfo, los soldados americanos dispararon contra iraquíes desarmados que pacíficamente pedían que los militares extranjeros dejaran el país: mataron a 15 de ellos e hirieron a

muchos más. Algunos días después los marinos dispararon contra una muchedumbre que protestaba por aquellas muertes, matando a dos más. De parte de los periódicos y de las televisiones hubo un silencio absoluto: ningún medio de comunicación habló de esta masacre, como si la matanza de gente iraquí no tuviera ninguna importancia.

Come afirma Arundathi Roy, escritora de la India, según la política internacional existen pueblos de serie A y pueblos de serie B. En esta perspectiva, los pueblos del Sur del mundo son 'desechables': se les puede atacar, invadir, torturar y masacrar sin ningún escrúpulo: *"La vida de nuestros pueblos no entra en la agenda de los grande poderes políticos a nivel mundial. Nuestras muertes no entran en el cálculo. Nuestras historias no entran en la Historia oficial. Nunca han entrado"*.

Tenemos que luchar para que la fraternidad si aplique también a la política internacional, para que los que hasta ahora has sido invisibilizados entren en la agenda oficial de la Historia, para que todos los pueblos sean considerados importantes, de serie A.

Preguntas:

- Dentro de nuestro pueblo, ¿cuál modelo antropológico prevalece: el hombre-hermano o el hombre-killer? Argumenta tu respuesta.
- El Pueblo negro, ¿está consciente de su dignidad y de sus derechos?
- En nuestro país, ¿a quién se lo considera desecharable?

- Como evangelizadores, ¿qué podemos hacer para promover la antropología del hombre-hermano?
- Como misioneros, ¿qué estamos haciendo para que los 'desechables' entren en la agenda de la Historia oficial?

Tirar la toalla

Lo más grave acerca de la realidad de pobreza inhumana en la que vive la mayoría de la población mundial, es que ninguna de las grandes instituciones internacionales tiene un plan para mejorar las condiciones de vida de los pobres. Al principio del nuevo milenio, la ONU proclamó solemnemente que era posible conseguir el objetivo de disminuir de mitad el índice de pobreza mundial dentro del año 2015. Sin embargo, sucesivos informes sobre el Desarrollo Humano corrigieron este dato, afirmando que este objetivo se podrá alcanzar, en la mejor de las hipótesis, sólo alrededor del año 2.200.

En otras palabras, las instituciones internacionales han tirado la toalla, como si dijeran: 'Por lo menos por los próximos cientos y cincuenta años, no será posible combatir la pobreza'. Y tienen razón: si quedamos al interior del sistema neoliberal, no será posible disminuir la pobreza, porque las políticas neoliberales, como dice el papa, hacen que los pobres sean cada vez más pobres.

Así, como el sistema no ve posible - a corto o mediano plazo - una disminución de la pobreza, y como - a pesar de eso - el sistema sigue adelante lo mismo, ya no se preocupan más por encontrar una solución a este

problema: la vida de los pobres ya no está en la agenda de las grandes agencias financieras y políticas del planeta.

De esta manera, es la mayoría de la población mundial, es el ser humano como tal quien ha llegado a ser 'sobrante', no esencial para el sistema. En este momento, a nivel mundial, no existe ningún proyecto político que prevea garantizar la vida - y una vida humana - a la mayoría de la humanidad.



El 'cachuelo'

Así, para sobrevivir, a la gente no le queda más que aprender el arte de 'arreglárselas'. De hecho, en las ciudades latinoamericanas son cada vez menos los que tienen un trabajo fijo: la mayoría de la gente se conforma con 'cachuelos', trabajos a tiempo

determinado. Un cachuelo puede durar un día, un mes, tres meses, sin seguro, sin derecho a vacaciones, sin ninguna ayuda en caso de enfermedad. Y después... se va en búsqueda de otro cachuelo, que puede llegar después de meses o después de un año.

Se calcula que en América Latina el 57% de la población vive de cachuelos. Así que el cachuelo ya no representa una situación excepcional sino una especie de 'precariedad estable'. El sistema neoliberal quiere hacer del 'cachuelo' y de la precariedad la normalidad de la condición de trabajo y de vida de la mayoría de la humanidad. Como discípulos de Jesús, que vino "*para que todos tengan vida, y vida en abundancia*" (Jn 10,10), no podemos aceptar la filosofía y la política del 'cachuelo'.

Vivir en el extra-mundo

Naturalmente, cuando falta el trabajo, en los varios barrios de las ciudades aumenta la violencia, la delincuencia y la inseguridad. Frente a esta situación, algunos miembros de la clase medio-alta deciden dejar la ciudad e ir a vivir en ciudadelas protegidas por policías privados. En Guayaquil, por ejemplo, en las afueras de la ciudad, están naciendo muchas de estas ciudadelas extra-territoriales. Algunos las llaman extra-mundos.

Así, si la ciudad se transforma en un infierno de pobreza y violencia, algunos buscan salvarse saliendo de la ciudad: es un intento de des-insertarse de la propia realidad local, y vivir en un extra-mundo artificial que no sea tocado por la miseria y la inseguridad que

afectan el resto de la población.

Ése, entonces, parece ser el futuro de nuestro mundo: por un lado, un gran número de hombres y mujeres considerados 'desechables' e 'inútiles', y condenados a vivir en un infierno de pobreza y violencia; y por el otro, una minoría privilegiada que vive en un paraíso artificial que no quiere saber nada del destino de la humanidad 'inútil'. El peligro es que entre estos dos mundos no haya ninguna comunicación, ningún contacto, y que los que viven en el extra-mundo pierdan la capacidad cultural y espiritual de comprender la desolación urbana en la que viven sus hermanos. En otras palabras, el peligro es que perdamos el **sentido de nuestra humanidad compartida**.

Como comunidad cristiana, tenemos que rediseñar - junto con los llamados 'desechables' - un futuro de vida y solidaridad para toda la humanidad.

Preguntas: - ¿Cuál es la actitud de la comunidad cristiana hacia los llamados 'desechables'?

- A veces, ¿te has sentido o te han tratado como 'desechable'? ¿Cuál fue tu reacción?
- En nuestra misión, ¿estamos comprometidos contra la mentalidad de considerar 'desechables' algunos de nuestros hermanos? ¿En qué manera?
- ¿Intentamos establecer puentes entre los llamados 'desechables' y los que viven en el extra-mundo? ¿Cómo?
- ¿Cómo podemos crear las condiciones para el nacimiento de un nuevo sistema económico?
- ¿Consideramos esta tarea como parte integral de nuestra labor misionera

III PARTE: SER HUMANO A LA MANERA DE DIOS

El abrazo como signo de la humanidad de Cristo

En la primera parte se decía que Dios se siente glorificado cuando los hombres desarrollan y cultivan cualidades humanas, o sea, cualidades que resplandecen en el corazón del Hijo del hombre. La primera cualidad humana que Dios quiere que desarrollemos es la aptitud al abrazo, el deseo de abrazar. He aquí cómo san Juan describe la gloria humana y divina de Cristo: "*Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí*" (Jn 17,23). Aquí Jesús expresa su deseo de vivir con la humanidad, dentro la humanidad, abrazado a la humanidad: la gloria de Dios es que el hombre viva en comunión con Él, que divinidad y humanidad se unan en un mismo abrazo.

De hecho, varias páginas de la Biblia confirman que el anhelo más grande del Corazón de Dios es entrar en intimidad con nosotros. Ya el Antiguo Testamento nos decía que Dios es una mamá que quiere abrazarnos, porque tiene lazos vitales con sus hijos, y por eso no podría vivir lejos de nosotros y nunca podría abandonarnos: "*¿Puede una mujer olvidarse del niño que cría, o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque alguna lo olvidase, yo nunca me olvidaré de tí: te tengo grabado en las palmas de mis manos*" (Is 49,15-16).

Jesús expresa este mismo deseo en el Evangelio de Mateo: "*¡Cuántas veces he querido abrazar a tus hijos, como la gallina reúne a sus pollitos bajo sus alas, y tú no has querido!*" (Mt 23,37). El Corazón de Jesús es un

corazón materno que quiere abrazar a sus hijos. El verbo griego que Mateo utiliza en este pasaje - *episyngo*, que significa 'reunir, abrazar' - es el mismo verbo que utiliza Marcos para definir la meta final de la misión del Hijo del Hombre: "*Verán venir el Hijo del Hombre en medio de las nubes con gran poder y gloria. Envió a los ángeles para abrazar a sus elegidos de los cuatro puntos cardinales, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo*" (Mc 13,27). Una vez más, Dios realiza plenamente su gloria cuando puede abrazar a sus hijos amados, de todos los pueblos y de todas las razas; asimismo, nosotros realizamos plenamente nuestra humanidad cuando estamos en los brazos de Dios y vivimos en su presencia. Ésa, entonces, es la meta final de nuestra misión: propiciar la plena humanización de la humanidad, este abrazo íntimo entre Dios y sus hijos.



Un Dios-casa

Ese mismo deseo de intimidad Jesús lo expresa, a veces, con la imagen de la casa: "*Si tú me amas y guardas mis palabras, mi padre te amará: entonces vendremos a tí, para hacer nuestra morada en tí*" (Jn 14,23). Jesús quiere que nosotros seamos su casa, su morada: el hombre realiza plenamente su humanidad cuando llega a ser morada de Dios. En realidad, según el proyecto divino, Dios y el hombre son recíprocamente casa el uno para el otro: "*Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes*" (Jn 15,4): Cristo es nuestra casa, nosotros somos la casa de Cristo.

El personaje bíblico que tal vez ha expresado de manera más fuerte este deseo de hacer casa con Dios es Sulamita, la protagonista negra del Cantar de los cantares: "*¡Llévame! Corramos tras de Tí! Llévame, o Rey, a tus habitaciones*" (Ct 1,4). Esta mujer negra quiere entrar en la habitación de Dios. La habitación, por un lado, indica el lugar de la intimidad del amor, y por el otro indica la cotidianidad de la vida. Vivir en la habitación de Dios, entonces, significa experimentar una comunión de amor con Él todos los días de nuestra vida.

En realidad, cada uno de nosotros pasa su vida en búsqueda de esta habitación, en búsqueda de este espacio en el cual sentirnos queridos, abrazados, valorados. Si no encontramos esta habitación, nuestra vida no es una vida humana.

Ese deseo de casa y de habitaciones Jesús lo expresa también en su último discurso a los apóstoles: "*En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones... Yo voy a*

prepararle una habitación... para que donde yo esté estén también ustedes " (Juan 14,2-3). Ese deseo de hacer casa con nosotros, de estar con nosotros, es un deseo permanente de Cristo: no sólo en la tierra, sino también en el cielo. Jesús **quiere hacer del cielo una casa-familia para con sus hermanos**, porque quiere que estemos siempre con Él. La comunidad cristiana debería ser un laboratorio de esta casa-familia celestial: debería asegurar un cuarto - un espacio de acogida, de cariño y e valorización - a todos nuestros hermanos, también a los que la sociedad desprecia y margina.

Ser humanos a la manera de Dios, entonces, significa sentir un lazo vital, visceral con nuestros hermanos: sentir que mis hermanos son mi casa, y que yo no puedo vivir fuera de ellos, sin ellos, porque Dios nos ha creado como seres que abrazan y quieren ser abrazados.

- Preguntas:** - En nuestras comunidades cristianas, ¿se presenta esta imagen de Dios-casa? ¿Cómo?
- El Pueblo negro, ¿cómo ve a Dios? ¿cómo a un Dios-casa o como a un Dios castigador?
 - La Iglesia debería ser el laboratorio de la casa celestial en la cual hombres y mujeres de todas razas se sientan amados y acogidos. ¿Cómo la Pastoral Afro ayuda a la Iglesia a llevar adelante esta misión?



IV PARTE: SER HUMANO A LA MANERA DE LA POST-MODERNIDAD

Cristo nos ofrece un modelo de humanidad que para nosotros, sus discípulos, es la verdadera humanidad. Pero el mundo también propone su idea de qué significa ser humanos. En esta perspectiva, la misión es también una lucha entre distintos modelos de humanidad. El futuro de nuestro planeta depende de cuál de estos modelos prevalecerá sobre los demás.

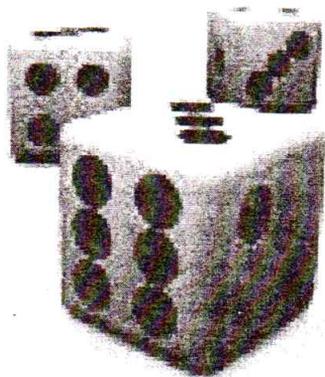
El hombre como turista

El primer modelo antropológico típico de la era postmoderna es el del turista. El turista es el que va siempre en búsqueda de experiencias y sensaciones nuevas, el que no quiere asumir ningún compromiso estable, porque se siente siempre de paso, de visita. Para el turista cada lugar tiene valor en la medida en que le ofrezca diversiones excitantes y sensaciones agradables. Pero el turista no tiene ningún lazo con aquel lugar, con aquella tierra: terminada la experiencia, deja aquel lugar y va a la búsqueda de otro lugar, porque aquella tierra no es suya - ninguna tierra la considera suya - y así no se siente responsable por ella.

El hombre como jugador

Otro papel que puede asumir el hombre en la postmodernidad es el del jugador. Para el jugador el tiempo está dividido en una serie de partidos, y cada partido tiene una duración limitada y precisa. Eso significa que cuando empieza un nuevo partido, se

vuelve a jugar desde cero: lo que pasó en el partido anterior no cuenta nada y no deja ninguna huella. En otras palabras, cada partido nuevo es un nuevo inicio, sin ataduras de ningún tipo. Eso se aplica también a las relaciones humanas, reducidas a juego: "Somos adultos, idejémonos como amigos!", se dice a menudo. No hay que tomar las cosas en serio: todo es un juego que dura hasta que el juego nos divierta. Tomar las cosas en serio sería un signo de inmadurez: el hombre postmoderno maduro sabe que cuando un partido termina, se inicia un juego completamente nuevo.



La 'deregulation'

Estas dos figuras tienen una característica importante en común: tanto el turista como el jugador no tienen hermanos. Porque un hermano lo es, necesariamente, por toda la vida, mientras que el jugador puede aceptar,

al máximo, tener un aliado táctico si eso lo ayuda a ganar el partido.

En cuanto al turista, si ve que la gente sufre, eso no le afecta: al máximo puede dedicar a una persona herida el poco tiempo que le permite su intenso programa turístico, pero después tiene que continuar su viaje: él no está en su casa, no tiene ningún lazo vital con aquellas personas, y no se siente responsable por ellas. El jugador, en cambio, tiene un lazo aparente, pero es sólo un juego: cuando termina el juego, termina también el contacto.

Todo eso promueve una **distancia entre el individuo y el otro**. Esa distancia implica una falta de contacto y tal vez también un desprecio del contacto, y eso es el exacto contrario del deseo de Jesús de abrazarnos y permanecer en nosotros. En otras palabras, **la postmodernidad destruye los hilos que ligan y forman un tejido comunitario solidario**. Y así, poco a poco, esta distancia entre mi persona y el otro me lleva a no sentir ninguna obligación moral hacia él y produce, como consecuencia, la **supresión del impulso moral**. De hecho, como afirma Baumann, la preocupación principal del ciudadano postmoderno es la de llevar una vida agradable y divertida, y en eso invierte todas sus energías.

De aquí nace aquella actitud y aquella 'filosofía' típica de la postmodernidad que Baumann resume en una palabra-clave: **deregulation**. '**Deregulation**' significa 'rechazo de las reglas', pérdida de las obligaciones y empeños comunitarios: lo único que cuenta - y mi única

regla - es perseguir exclusivamente mi interés y mi bienestar personal, cueste lo que cueste.

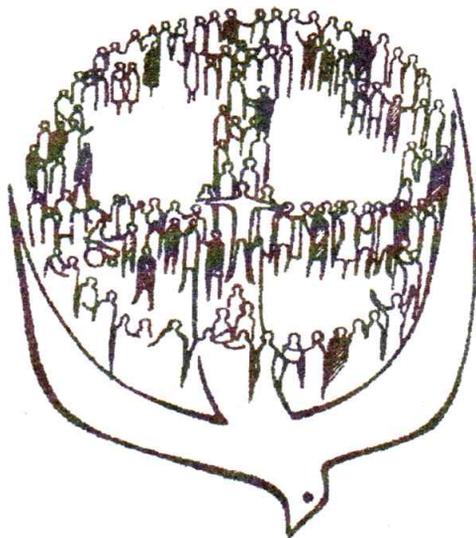
Por consiguiente, el signo más característico del hombre postmoderno es la **irresponsabilidad**: la persona es totalmente desvinculada de cualquier tipo de obligación comunitaria. La principal consecuencia de esta irresponsabilidad es la **incapacidad política y moral** del hombre y mujer postmoderna, o sea, su incapacidad de preocuparse y empeñarse por los demás. Siendo discípulos del "primogénito entre muchos hermanos", esta incapacidad de comprometernos moral y políticamente por la construcción de una sociedad justa y fraterna no puede dejarnos indiferentes. Una de nuestras prioridades misioneras, entonces, será la de reconstruir esta responsabilidad moral y política, que está a la base de cualquier actitud e iniciativa de solidaridad.

Preguntas:

- ¿Es posible que también un misionero tenga una actitud de turista o de jugador? ¿Cuándo?
- En nuestras comunidades, ¿hay turistas y jugadores?
- ¿Afrontamos la 'deregulation' como desafío misionero? ¿En qué manera?
- Como Pastoral Afro, ¿qué estamos haciendo o que podríamos hacer para reconstruir la capacidad moral y política de nuestros fieles y nuestros conciudadanos?

V PARTE: SER INTELIGENTES: APRENDER A 'INTER-LEGERE'

En la sociedad postmoderna hay varios malestares. Pero las reivindicaciones no se suman, no se integran, no se fortalecen recíprocamente: cada cual va por su cuenta y empuja hacia una dirección distinta. Falta la conciencia de un destino común, falta una **visión profunda comunitaria**. Frente a la irresponsabilidad moral y política del hombre postmoderno necesitamos una visión profunda compartida, que nos oriente sobre qué tipo de humanidad queremos ser y queremos fomentar. Esa visión profunda se da a través de una búsqueda comunitaria.



Así, las hijas de Jerusalén se dirigen a Sulamita con estas palabras: "*¿Adonde se dirigió tu Amado, para que lo busquemos contigo?*" (Ct 6,1). Como misioneros, para

buscar a Jesús, y para entender su voluntad en este momento histórico que estamos viviendo, tenemos que pedir ayuda a la gente, involucrando a nuestras comunidades en esta búsqueda.

Como misioneros, no estamos llamados a ser el portavoz del pueblo, sino a dejar que el pueblo sea la voz de Dios. Hay que fomentar el protagonismo de la gente, abriendo espacios para que todos seamos coprotagonistas de la transformación de la realidad.

En esta perspectiva, es correcto afirmar que tenemos que **aprender a ser inteligentes**. La palabra 'inteligente' deriva de dos palabras latinas: 'inter' y 'légere'. El adverbio 'inter' significa 'entre' e indica una reciprocidad; el verbo 'légere' significa 'leer, recoger, entender'. Así que 'inter-legere' quiere decir 'leer juntos, acogernos y recogerlos recíprocamente, unir nuestros puntos de vista'. No es posible leer el mundo, buscar un sentido a los acontecimientos históricos - y encontrar una pista de acción - si no lo hacemos juntos. Tenemos que aprender a ver las cosas desde el punto de vista del otro - de la otra persona, del otro pueblo - y acogernos recíprocamente para llegar a una verdadera comprensión global. *"Cada esfuerzo serio por la paz nace de este tipo de inteligencia"*, decía un monje budista. Eso vale también para nuestras comunidades, para la Iglesia y para la sociedad. Sin inteligencia, sin tener en cuenta el punto de vista del otro, no llegaremos a una comprensión de las cosas. Si queremos entender a qué nos está llamando el Señor hoy en día, tenemos que 'inter-legere', leer todos juntos: sacerdotes, religiosos y laicos, hombres y mujeres,

ricos y pobres, blancos, negros e indios, casados y divorciados, etc.

Preguntas:

- Dentro de nuestras comunidades parroquiales, y dentro de la Iglesia, ¿estamos acostumbrados a 'inter-legere'? ¿Se da espacio a la visión y a la opinión de todos?
- ¿Cómo se podría crear una visión profunda comunitaria a la cual aporten las sabidurías de todos los pueblos que conforman la nación ecuatoriana?
- Dentro de la sociedad, ¿se dan espacios donde las personas y los pueblos puedan 'inter-legere'?
- ¿Cuál sería el aporte del Pueblo Negro y de la Pastoral Afro a la 'inteligencia' de la Iglesia y de la sociedad?

Hno. Alberto Degan, Misionero Comboniano

**Centro Pastoral Afroecuatoriano
Garaycoa 3614 y Venezuela
Guayaquil - Ecuador
Tel: 2.443085**